

ARTE / Críticas

## Carl Andre, minimalista de máximos

El artista estadounidense añadió un capítulo más a la escultura en el siglo XX: de la forma cerrada a la construida. La exposición en el Museo Reina Sofía reconstruye su historia

Por Ángela Molina

A LO LARGO DE toda su carrera, Carl Andre (Massachusetts, 1935) utilizó materiales pesados como el acero, el plomo, el mármol o bloques de madera que encontraba en los lugares donde se disponía a trabajar, pero lo hacía con una ligereza y sutileza extraordinarias. Procuraba no manipularlos. Una pieza de granito o metal colocada rigurosamente junto a otra, solo tocándose, sin interponerse ni penetrarse, era en sí una escultura y podía ser tan expresiva como un rostro, con sus huellas y marcas que revelan el paso del tiempo. Con Andre, la obra era su propia naturaleza geológica y un ritmo, como la música serial o el trote de un caballo de vapor. Contexto, análisis y deseo; experiencia del tiempo y transición conforman el margen material del objeto escultórico. Se ruega pisar, pero no tocar. Andre puso un capítulo más a la larga historia de la escultura del siglo XX, de la forma cerrada a la construida, de la verticalidad a la horizontalidad, de la lógica interna de las formas a la pura exterioridad, de la autosuficiencia a la generosidad, de los temas convencionales (el cuerpo) a la aritmética y el *readymade*. Fin de la modernidad.

Andre *edita* espacios, es un minimalista de máximos, porque suma constantemente (módulos, actitudes) y porque a diferencia de otros artistas minimalistas quizás más conocidos —Judd, Sol LeWitt— se permite momentos de ternura y nostalgia. Frente a sus obras se tiene la impresión de que el espacio interno es expulsado del material a la espera de una nueva lectura del espectador, como ocurre con sus ya clásicas alfombras hechas con placas de metales de diferentes colores y brillo dispuestas borde contra borde para formar cuadrados: pisamos una escultura bidimensional, el interior “se ha vaciado”, no hay peso, el material es una especie de absoluto, un dispositivo compositivo alejado de todo ilusionismo. En el Palacio de Velázquez, sede alternativa del Reina Sofía, se muestran algunas de sus composiciones

más conocidas, cada conjunto tiene su propia ley combinatoria en función del material y gravedad de las piezas. Perfectamente instaladas en islas, descentradas de sí mismas, parecen “momentos” de escultura, más que esculturas propiamente dichas.

Pero la magia del encuentro con Andre está en el edificio Sabatini, allí encontramos

debían tener los paisajes de su infancia y juventud en Quincy, ciudad famosa por sus canteras de granito y por ser el punto de origen de la Granite Railway, una de las primeras vías férreas de Estados Unidos. Hay también dibujos, fotografías y *assemblages* humorísticos, juegos visuales muy poco conocidos que el artista llama *dada forgeries*



Tin Ribbon (1967-1997), obra de Carl Andre incluida en la muestra del Museo Reina Sofía. Foto: Bernardo Pérez

La magia del encuentro con Andre está en el edificio Sabatini, donde el poeta guarda la precisión, la integridad y la dignidad

al artista más sólido, donde el poeta guarda la precisión, la intensidad y la dignidad (la *dignitas* como valor inherente). Palabras dispuestas en orden espacial por letras o sílabas en estructuras modulares, tachadas, escritas a máquina en las páginas de un bloc, tienen la astrigente plenitud que

y en donde se refleja la verdad desnuda de la escultura dentro de la dicción de sus respectivos estilos.

Con Andre, la escultura/poesía genera su propio futuro. Una palabra/un bloque de granito/un tronco es una palabra que es una palabra, como la rosa de Gertrude Stein. Por eso esta retrospectiva nunca se queda corta. La labor de los comisarios de explicar cada faceta de su trabajo ha sido concienzuda y responde al interés de un museo público con sus públicos. Escultura como trenes rigurosamente colocados. •

Carl Andre. *La escultura como lugar, 1958-2010*. Museo Reina Sofía y Palacio de Velázquez. Madrid. Comisarios: Philippe Vergne y Yasmil Raymond. Hasta el 12 de octubre.

LLAMADA EN ESPERA

## Cinco lecturas

Por Estrella de Diego

CON ESTE CALOR INTENSO que está haciendo en casi todas partes imagino que serán pocos los que nieguen ya el cambio climático. Ahí andamos el día entero como zombis, pensando en la paradoja de desear la llegada del verano —a mi me encanta— para ponernos la chanclita y sentarnos en una terraza, y encontramos luego con este tiempo insoportable. Apenas si quedan fuerzas ni para leer, sumergida la tarde en un extraño e interminable sopor. Por eso mis recomendaciones para este verano son lecturas trepidantes —de las que no se pueden dejar de leer— o lecturas fragmentarias, para ir degustándolas entre los sucesivos descansos en busca de agua.

Y hablando de cambio climático —mares contaminados— y de novelas trepidantes, nadie debería dejar pasar este verano de infierno sin sumergirse en la vertiginosa novela de Rita Indiana *La mucama de Omicunlé* (Periférica, 2015), donde el bochorno se siente en la lectura. La verdad es que la editorial Periférica no para de dar sorpresas agradables, muchas de las cuales llegan desde América Latina, como

es el caso de esta novela inclassificable y maravillosa de la escritora dominicana. Si su segunda novela, *Papi* —también en Periférica—, es ya una obra de culto, en esta ocasión Indiana combina una trama imbricable de sintetizar —y lo mejor de un libro es cuando se lee leyendo, sin posibilidad de sinopsis—, con unos temas y unas imágenes a medio camino entre *Blade Runner* y Proust —por la mezcla entre pasado, presente y futuro—. Son imágenes que van desde la mencionada contaminación de los océanos hasta el sexo —incluso un cambio de sexo—; cierta escena del arte actual —muy divertida— que se mezcla con las estampas de Goya;

Nadie debería dejar pasar este verano de infierno sin sumergirse en la novela de Rita Indiana

o las deidades afroantillanas del Caribe. La obra mantiene siempre alerta, despierto. Es imposible apartarse de sus páginas que se van corriendo veloces —y el lector tras ellas, maravillosas noches en vela de la infancia—. Y mantiene alerta porque las sorpresas sucesivas no dejan un momento de tregua en los relatos y los tiempos que se van cruzando.

Pero la noche en vela tras el relato no es la única posibili-

## Los enigmas de William Tucker

Por Begoña Garayoa

WILLIAM TUCKER (EL CAIRO, 1935), uno de los escultores más reconocidos internacionalmente, abandonó el minimalismo a mediados de la década de los ochenta. En esa época dejó de hacer piezas de carácter conceptual y comenzó a interesarse por la escultura de grandes volúmenes que podía modelar y realizar en yeso o bronce, con sus propias manos, a la manera de Auguste Rodin. Es precisamente esta última etapa, que abarca los últimos 30 años del trabajo de Tucker, la que muestra esta exposición, que consta de casi 50 esculturas y un número similar de dibujos. Sus volúmenes enigmáticos parecen megalitos emergiendo de la tierra. Lo que caracteriza a estas piezas, ya sean en yeso o en bronce, es el juego que se establece entre figuración y abstracción, la fluidez de la masa, la falta de precisión en el modelado y el aspecto pesado con sensación de *non finito*, en el límite entre la forma y lo informe. En estas masas son reconocibles fragmentos del cuerpo humano. La muestra comienza con una enorme mano de aspecto vulnerable, *Cueva* (2005), que causa un gran impacto emocional, situada en la Gran Vía de Bilbao. Ya en el museo, destacan *Mensajero* (2001), que representa un pie en movimiento; *Maia* (1997), un sensual torso femenino, símbolo de la fertilidad, y la memorable cabeza humana *Homenaje a Rodin (Bibi)*, (1999), toscamente representada con una figuración que remite a voluptuosas y rotundas piedras, como meteoritos. La exposición se cierra con cuatro grandes esculturas en las que se reconocen fragmentos del cuerpo humano, con denominaciones de dioses extraídos de la mitología griega, *Tetis*, *Cronos*, *Rea* y *Urano* (1985), que simbolizan la vida y la muerte. Tucker, con una figuración fértil ligada a la de los creadores de los monumentos megalíticos y de la Venus de Willendorf del arte prehistórico, reflexiona sobre las diferentes etapas en que se habita el propio cuerpo. Sus misteriosas esculturas, monumentales, de superficie rugosa y textura áspera, expresan la fragilidad y la naturaleza efímera de la existencia humana. •

William Tucker. *Masa y figura*. Museo de Bellas Artes. Bilbao. Hasta el 14 de septiembre.

dad de lectura. Dos textos con mucho de reflexión personal, a su modo diarios intelectuales, permiten salir y entrar cómodamente. El primero son los diarios de Susan Sontag, publicado por Random House (*La conciencia unida a la carne. Diarios de madurez, 1964-1980*) y editado por David Rieff, donde no sólo se muestran la honestidad intelectual y hasta la fragilidad de la pensadora —“no soy un genio, siempre lo he sabido”—, sino los acontecimientos de una era básica en la construcción de Occidente. El segundo acaba de salir en Páginas de Espuma y son las reflexiones de Flaubert, entre otras, alrededor de *Bouvard y Pecuchet* —y puede ser una buena excusa para volver a leer la fabulosa novela—. *Cuadernos. Apuntes y reflexiones* —editado y traducido por Eduardo Bertí— guarda momentos placenteros, otra forma de conocer mejor al escritor y su pasión por encontrar “la palabra adecuada”.

Si se queda uno en casa con el ventilador, también puede optar por leer sobre ciudades o evocaciones de ciudades, como propone un libro clásico como el de Léon-Paul Fargue, *El peatón de París* (Errata Naturae, 2014), con prólogo de Andrés Trapiello, o el texto de Tony Tanner *Venecia descaída* —un recorrido por los autores que desde Byron a Pound, han amado Venecia—, con el cual la colección La Balsa de la Medusa, dirigida por Valeriano Bozal y siempre certera, celebra su título número 200. Y ya verán: aunque parece que no, el placer de leer aplaca bastante el calor o nos traslada al menos a otras realidades. •

EL PAÍS BABELIA 25.07.15 11